

Todo el mundo supo la muerte; pero nadie supo quien fuese el matador. Los restos recogidos al amanecer por una ronda, que tropezó con ellos, y enterrados al día siguiente con gran pompa, pasaron pronto al yerto olvido. El primero en ir al entierro y demostrar la intensidad de un dolor incomparable fué su asesino. Florencia compadeció mucho á Domenico Veneciano fenecido de tan desgraciada manera en la flor de sus años, pero compadeció mucho más á su amigo superviviente, á Andrés del Castaño, que perdió la mitad de su alma, segun revelaban los extremos de su dolor. Y entre estas trágicas incidencias se divulgó el descubrimiento y se ganó, para esplendor y gloria de las artes, la pintura al óleo en la misma centuria, en que, para lustre y gloria de las letras y de las ciencias, se descubria la imprenta.

CAPITULO VI.

Veleidades artísticas.

La muerte del pobre Domenico debía conmover profundamente al movedizo Lippi. Vamos á verlo. Hallábase el buen fraile embebido en la fiesta. Los regocijos continuaban segun dijera con buen acuerdo Castaño, sin que los festejantes echasen de menos el héroe á quien consagraban tantos y tan varios obsequios. Suele suceder en los pueblos del Mediodía, dados de suyo á fiestas, que cualquier suceso de más ó menos importancia sirve al esparcimiento y alegría de los ámimos. Festejan las gentes á sus amigos para festejarse en realidad á sí mismas. Por consecuencia, en los vértigos de la danza, en los acordes de la música, en las cadencias de los coros, en el vapor de los licores, en el regocijo de los sentidos, nadie recordaba que todos aquellos placeres tenían el carácter de verdadero holocausto á una divinidad ausente. Filippo estuvo absorto largo rato en contemplar la obra maestra del Veneciano y sus espléndidos colores. Tras esta larga contemplacion dejóse arrastrar en la corriente del placer que con tan poderosa atraccion le llamaba, dividiendo aquella noche como dividia toda su vida, entre los arrebatos de sus sensaciones fugaces y los trasportes de sus instintos artísticos. Por un resto de consideracion á su estado, y sobre todo, á su hábito, no bailaba; pero departia con las muchachas más bonitas, prendadas todas de su elocuencia, sobre el tema esencialísimo á su pensamiento y á su vida, sobre el amor. De vez en cuando solia recoger de aquellos labios con el acibar de algun grosero insulto la miel de algun ardorosísimo beso. En otro pueblo fuera extrañado tal proceder de penitente monje; en Florencia no. El ardor de aquella primavera pagana llamada Renacimiento, exaltaba

con tal exaltación los temperamentos y enardecía con tanto fuego la sangre que los florentinos consideraban tamaños excesos cosa natural entre las gentes de Iglesia. Florencia ardía en las llamas de una pasión alimentada al cabo por una idea.

• Cuando mas alegre parecía la fiesta y mas ruidosa sonaba; entre los choques de las copas y de los labios; entre los acordes de la música y los compases del baile, oyóse una voz que dijo: Domenico de Venecia acaba de ser asesinado. No hay cambio tan brusco y violento como el cambio de estas decoraciones en el teatro donde representamos el drama de la vida. El dolor, siempre solemne, se eleva mucho mas en solemnidad, cuando entra en el seno de una orgía. Nunca se ve tan clara como en este violentísimo contraste su naturaleza purificadora. El vicio se estremece y espanta. El placer se suspende. Los ojos enrojecidos por la fiebre se convierten en una expresión mística al cielo. Y el payaso, que sonaba sus cascabeles, salta de pronto hasta las cimas de lo infinito, como el alma de un sacerdote en los delirios de una plegaria religiosa. Así sucedió pues en aquella fiesta. El que llevaba la mano á una copa, la retiró; el que tenia abrazada á una joven, la soltó; el que bailaba con los mareos del vértigo, se quedó frio con la rigidez de la muerte: siguió el silencio á la música, las lágrimas á los tragos, la oración á la blasfemia, porque siguió al placer el dolor.

Lippi no sabia lo que por él pasaba. Acababa de ver al muerto, como no lo viera ninguno otro de los presentes, con su aureola de inspiración y de gloria en las sienes; y acababa de animar en aquellos centelleantes ojos el esmalte que dan á las almas una ambición satisfecha y un amor correspondido. Y desde el seno de esa ventura ¡el infeliz! cuando los ojos se iban tras sus cuadros, cuando los laureles se posaban sobre su frente, con el éxtasis de la gloria que tanto desvanece, entre el ruido de los aplausos que tanto embriagan, ve salir un puñal, escondido como venenoso áspid en las flores, puñal que le muerde en el corazón y le arrebató una vida llamada á los mas puros goces y próxima á transformación casi celeste despues de haber sentido todas las congojas del trabajo y todas las heridas del combate. Ya sabeis lo que es un artista. Sobre su cabeza pesa la nube que todavía no se ha formado; por sus nervios corren con terribles sacudidas las chispas eléctricas que todavía no se han producido; en sus ojos centellea el relámpago que no ha surcado aun el espacio; los dolores de las generaciones muertas desgarran sus fibras; las tristezas y deseos de las generaciones por venir desvelan sus noches y desasosiegan sus días; porque su alma, semejante á esas flores púdicas, al menor contacto contraídas, sufre con cuantos sufren y se traga ella sola en sus zozobras la hiel preparada para todos. Ninguno pues en aquella orgía tan desvariado, mientras reinaban los placeres, como Filippo; ninguno tan triste y caído desde el momento mismo en que se habia presentado, á la manera que en los antiguos convites egipcios un cadáver, la imá-

gen del dolor acompañada por las siniestras sombras de la muerte. Y le asaltó en seguida un arrebató de misticismo.

—Puesto que la muerte, dijo para sí, tan cercana se encuentra de la vida, procedamos como si hubiéramos de morir mañana mismo. La tierra que tanto queremos, es un matadero donde las reses aguardan indiferentes que llegue el sacrificador. Entre la cuna y la tumba se estiende como una línea de puntos dentro de los cuales está encerrada la muerte, sí, muerte de esperanzas, muerte de ilusiones, muerte de amores, muerte de la juventud, muerte del corazón. Cuando chocamos con nuestra última hora somos como árbol despojado de sus hojas. Al morir, tenemos en nosotros millares de muertes, gusanos invisibles que se han comido nuestras carnes y nos han dejado solamente el descarnadísimo esqueleto. Sombra de nosotros mismos somos al llegar á la región de las sombras. Sin duda alguna, el destino ha querido preservar al pobre Domenico de estas muertes lentas y lo ha matado de un solo golpe y de una sola vez. Pero, nosotros, mortales como él, vamos muriendo todos los días aunque nos aferremos fuertemente á la vida. Para vivir muriendo no hay espacio tan propio como el claustro. Allí, al borde del Arno; en frente de las montañas que parecen altares elevados á la oración; bajo la sombra de las bóvedas inmóviles como las copas de árboles petrificados y eternos, á cuyo amparo se encuentra por lo menos paz; oyendo las voces místicas que salen del coro y respirando las nubes de incienso que suben á lo infinito, de rodillas sobre las aras, veré blanquear mis cabellos en la penitencia, precursora de la muerte, y extinguirse la luz de mis ojos en la contemplación de las tumbas henchidas de huesos, donde descansan ya generaciones salvadas del horrible naufragio de la vida. Vamos, vamos al claustro, dejando á un lado y otro del camino la ambición y el amor convertidos en montones de ceniza que esparcirá el viento continuo de los tiempos, soplando sobre la tierra desde la insondable eternidad. Soy un naufrago, es verdad, de las humanas pasiones. Pero no he sabido aborrecer jamás. Pequé por haber amado mucho. Mil veces me he precipitado desde las eminencias por los abismos de la vida como ayer me precipité; y mil veces me detuvo una fuerza salvadora, la oración sin duda de mis hermanos, los pobres penitentes. Yo he desplegado mis pasiones en la inmensidad como el águila real sus alas, y solo he sentido allá arriba los latidos de mis propias sienes mezclados con las palpaciones de mi propio pecho. Yo he pugnado por llegar á las alturas y solo he hallado arriba ó volcanes ó nieves. Vuélvome, vuélvome al claustro. Allí recibiré de nuevo en mi frente el óleo sagrado mas esplendoroso que el oro de las régias coronas y en mi alma la santa esperanza en la eternidad mas vívida que el fuego de los sentidos. Ya que no he oído murmurar mi nombre en los labios de un padre, ya que no he visto reflejarse en mis ojos la mirada de una madre, ya que no puedo contar con la compañía de una esposa, desligándome todo de

este mundo y uniéndome al cielo, vaya en buena hora al cumplimiento de mi destino, á repetir en los claustros la oracion que forma en los espacios el coro de todas las cosas. La flor se marchita, el torrente se despeña, el aroma se desvanece, el amor se hastía, la vida se disipa, la ilusion se descolora, la esperanza se desengaña, todas las dichas, una vez logradas, se malogran; pensemos pues en las cosas eternas. Y sin embargo, pequeños como somos, la felicidad humana se encuentra solamente en las cosas pequeñas. Bástanos, pues, un campo regado con el sudor de nuestra familia, una casa oculta entre el follaje como los nidos y en cuya puerta zumben las abejas salidas de la colmena, y en cuyo tejado vuelen las palomas escapadas del palomar; la cuna por todo lecho, la voz de nuestras madres por toda música, los hermanillos con pedazos de pan saturados de miel en las manos por toda compañía, la era cargada de mieses para teatro de nuestros juegos, y para asilo de nuestros espíritus la iglesia de la aldea que habla con la lengua de sus campanas y con las trompetas de su órgano, teniendo en la pared el nicho con la efigie de la Virgen, y en la torre el nido de la cigüeña, y en las aristas de sus esquinas las sombras que proyectan las sedosas alas de las tierñas golondrinas, cuyos píos parecen los ecos de dulces y no aprendidas plegarias. ¿Por qué buscamos luego la felicidad en las gigantescas obras de arte que no podemos producir sino á costa de dolores terribles; ó en los giros tempestuosos del combate que no podemos empeñar, sino vertiendo torrentes de nuestra sangre? Nada hay santo, nada fecundo, nada hermoso sino el amor. Yo le ví aparecer un día sobre mi frente como vívida llama, é imaginé que Dios en persona me lo enviaba, como envió sus lenguas de fuego sobre el Cenáculo de sus Apóstoles en la Pascua del Espíritu Santo. A su ardor floreció mi fantasía, como los campos florecen al ardor de la primavera. Yo ví una vírgen, blanca como la azucena; y la amé con arrobamiento, como dizque aman los ángeles en el cielo. Aun me parece percibir el rojo crepúsculo que la iluminaba con rosáceos arreboles, y las ardientes miradas que despedía al través de su blanco velo, semejante á una de esas plateadas gasas con que la luna llena envuelve los objetos y les dá melancólica poesía. Desde entonces la amé y la seguí sin que mi voluntad pudiera dejar de amarla y de seguirla. Pero el destino se ha interpuesto entre nosotros arrancándome votos fundados en su desamor y en mi desgracia. ¿Qué me resta, pues, en tan suprema angustia? Me resta el claustro: desnuda celda semejante á hondo sepulcro, sayal que á mis carnes se pegue como anticipado sudario, los maitines al amanecer en el alto coro cuando solo canta el gallo en la tierra y la alondra en el aire, la cava diaria de la sepultura al pié de los cipreses, lo misa oída con recogimiento sobre las losas fúnebres que tapizan el pavimento de la iglesia, la mesa de pino desde la cual me mire con sus ojos vacíos la calavera de mi predecesor, la cruz como signo de mis dolores al pecho, el rosario como cuenta de mis oraciones al cinto; y por toda

ocupacion el oído abierto á los vientos para requerir al ángel de la muerte á que suene pronto la trompeta del juicio y me llame al cielo ó al infierno, á cualquier lugar que no sea esta maldecida tierra.

Y Fra Filippo, dejándose la compañía de aquellas gentes, que absortas en la meditacion del triste caso, apenas en él fijaban la vista, dirigióse, arrastrado por sus emociones, al convento del Carmine. Cuando llegó, ya era de día; y como imaginaban que volvía del palacio de Cosme, donde le tuvieran recluso tanto tiempo, nadie le preguntó cosa alguna en sustancia, ni siquiera el hermano portero. Dirigióse á su celda, donde se tendió un momento sobre el jergon sin poder conciliar el sueño, y luego á la iglesia donde oró al impulso de ideas tan místicas como las expresadas en su íntimo é interior monólogo. Salido de la iglesia, tomó camino del jardín, y se fué á sentarse sobre un poyo colocado á la sombra de triste pasionaria, al través de cuyas hojas veíase en lontananza la cruz de piedra entre las líneas del claustro. Y cuando más embebido en sus meditaciones se hallaba, como para tentarle y divertir su atencion de tan piadosos pensamientos, apareció el mundano y entremetido Fra Alberto, empeñando la siguiente conversacion.

—Hola, ¿de vuelta?

—De vuelta.

—¿Qué tal te ha ido?

—Pésimamente.

—Nadie lo dijera, habiendo estado en casa del padre de la patria.

—¿Qué quieres?

—Así somos, si vamos al mundo, suspiros por el claustro; si volvemos al claustro, suspiros por el mundo.

—Desengáñate, cuando experimentamos la vanidad de todo lo terrestre, volvemos gozosos aquí.

Alberto no pudo menos que lanzar una carcajada en cuanto oyó la mística palabra de Filippo.

—¿De qué te ries?

—¿De qué quieres, hermano Lippi, que me ria? Pues de tí, de mí, de todo el mundo.

—Triste caso. Créite lastimado de mis penas y te veo gozoso.

—¡Tus penas! Vamos. No te la eches de triston, tú que arrancas risas, si tomas la ventolera del buen humor, á la boca helada de un muerto.

—Cuántos dolores me aquejarán cuando, tal como me conoces, vengo á refugiarme aquí, anhelante por obtener, no ya compasion, olvido.

—¿Cuánto tiempo te durará ese capricho?

—Toda una eternidad, porque no tengo ni esperanza.

—Tristezas que pasan.

—Bien quisiera, hermano Alberto, que fuesen fugaces como los arreboles del ocaso, pero serán eternas como el pálido sol de los muertos.

—Siempre con tus imágenes. ¿Qué quiere decir eso de sol de los muertos? Nada. Una palabra, sin ningún sentido; una frase sin ningún objeto.

—Quien tiene ideas sin formas en la mente, tiene palabras sin significación en los labios.

—¿Cómo te desconoces á tí mismo en cuanto estás triste! Ideas sin forma, tú, pintor, que lo ves todo esmaltado por vivos colores y en hermosas líneas.

—Déjame, Alberto, déjame. No me tientes con tus gracias mundanas. No me diviertas de mis pensamientos místicos.

—Vamos, estoy por creer que me engañan mis propios oídos. El diablo, hartado de carne, metido á fraile.

—No me molestes.

—No digas tonterías y no te molestaré.

—¿Qué libro llevas en la mano? ¿Por ventura un libro de horas?

—¿De horas? Ja, ja.

Respondió Alberto desternillándose de risa.

—Por ventura ¿la Imitación de Jesucristo?

—Buena imitación nos dé Dios. Quien pasa largo tiempo en el claustro al fin se cansa de todas esas materias dulzonas y empalagosas.

—¿Qué lees? Veamos.

—Pues leo los cuentos de Bocaccio.

—¿Ave María Purísima!

—¿Te extraña?

—¿Pues no ha de extrañarme?

—Mira, Filippo, no vas á incomodarte conmigo por lo que voy á decirte.

—Al entrar en el claustro atesoramos por necesidad tanta paciencia.

—Justo.

—Rumiamos tantas cosas amargas.

—Verdad.

—Por consiguiente, dí cuanto te dicte la loca imaginación y te pida el extragado gusto.

—Gracias por esos calificativos.

—De Dios dijeron.

—Pues iba á decirte una cosa sencillísima.

—¿Qué?

—Que tu vida se parece á un cuento de Bocaccio.

—Sea en buen hora.

—Vamos, está visto que no hay medio de moverte.

—El dolor me hiela como la muerte.

—Pues distraete: que de este mundo no sacamos cosa alguna, cuando no sacamos la tripa de mal año con verdaderos goces.

—¿Con qué distraerme?

—Imagínate, cuánto me habré distraído yo con la lectura amenísima del Decameron.

—Buen libro para un convento.

—En él aprendo que á los devotos de San Julian, dotados de celo y memoria bastantes á pronunciar todas las noches una oración piadosa en su loor, si van de viaje, les proporciona el Santo, aunque los bandidos los despojen, y desnudos los entreguen á las inclemencias del invierno; vestido, posada, lumbre, lecho, cena, y los brazos de una princesa tan hermosa como la querida del ilustre marqués de Ferrara.

—Moral excelente.

—Pues no digo nada de la que contiene el Calendario de los Viejos.

—Poco más ó menos como la anterior.

—Mucho más salada todavía.

—Mejor hicieras en llamarla picante.

—¿Y qué quieres? Tenemos el Padre Santo en nuestra ciudad, y el libro anda en manos de todos sin ningún impedimento; tenemos la Santa Inquisición entre nuestras instituciones, y el libro se reparte á sus barbas como pan bendito.

—Veamos la moral del Calendario de los Viejos.

—Recobras tus bríos, retornas á tus gustos.

—Son tan fuertes tus tentaciones.

—Y tan débiles tus resistencias.

—Oigamos.

—Albricias.

—Eres el demonio, Alberto.

—Pues juraría que tú, Filippo, me endemonias.

—Verbo atrevido.

—Te vengas en mis verbos de las críticas á tus figuras retóricas.

—No lo creas. Tú si que te endragonas y revuelves airado en cuanto alguien te dice una palabra agri-dulce.

—Volvamos pues al cuento.

—Volvamos.

—Érase añoso, como decirse suele de los árboles, magistrado pisano, mas apto para cumplir los deberes de la magistratura que los deberes del matrimonio. Deleitábase nuestro hombre en contemplar sus tres amadas verdaderas, la ley, la severidad, la justicia; y no caía en la tentación de encerrar ninguna otra, por bella que le pareciese, en aquel su platónico serrallo, donde á sus anchas se glorificaba y deshacía en puros y nada esforzados deliquios. Viviera así el cuitado y durara en la vida mas que un cántaro roto en un sembrado. El diablo, que en todo se mete y todo lo descompone,